

«RAZA DE BRONCE», de Alcides Arguedas, por Yerko Moretić C.

Hace años, un libro sobre Bolivia causó conmoción en el ambiente intelectual ibero-americano: «Pueblo enfermo», de Alcides Arguedas.

Ensayo enjundioso y recio, enronchó a más de un conspicuo personaje boliviano y levantó airadas y sugestivas protestas de círculos chauvinistas.

Era una crítica severa que fustigaba, casi sin concesiones ni piedad, los vicios del pueblo hermano.

Voces patrioterías se alzaron condenatoriamente y, en gesto caudillesco, trataron de relegar a Arguedas de la literatura boliviana. Hubo, sin embargo, quienes tuvieron una cordial comprensión intelectual con este libro—Unamuno, entre otros—y vieron en los móviles del autor un intenso y sano patriotismo. Un escritor de esta América llevó más lejos su entusiasmo y puso, a los vicios de los compatriotas de Arguedas, como denominador común de todos los pueblos indoamericanos. Rectificó, eso sí, el concepto de «enfermo» y creyó que era más exacto el de «niño». «Continente niño».

Esto fué hace años.

Mucho antes, en 1919, Arguedas había publicado una novela que conocemos recién ahora y en la que se anticipaba la misma amorosa pero acerba franqueza: «Raza de Bronce».

Su historia es accidentada, como lo cuenta el propio autor, en las inmodestas frases del prólogo a la edición Losada.

Después de su lastimosa aparición de 1919, en Bolivia, la segunda edición se realizó en España, en 1923, hecha por un editor valenciano, «en papel de periódico, con tipo minúsculo y ceñido, con ordinaria presentación, como libro paria hecho por favor y condenado de antemano a podrirse en el más recóndito sitio de los sótanos editoriales».

Otra edición, no tuvo mejor fin. Una más, corrió peor suerte.

Arguedas se lamenta de estos desastres y mezcla a su queja un notable acento egolátrico cuando comprueba que su libro no ha sido lo suficientemente destacado en la novelística americana. «Muchos estudios han aparecido en América, serios, meditados y hechos algunos por profesores de literatura en conocidas y renombradas universidades de Europa y Estados Unidos, y en ninguno he leído nada sobre esta «Raza de bronce» que, no por méritos literarios, ciertamente, sino por su ubicación en el tiempo y, por el tema, tiene algún derecho para figurar en libros donde se habla de literatura americana, y ese silencio de críticos, eruditos y profesores es prueba concluyente de que el libro se ha podrido—cual me imaginaba—en los sótanos del despreocupado editor valenciano...».

Estas, y otras frases que tienen el mismo acento de amor propio lastimado, producen un íntimo e inextirpable desagrado, que mal predispone cuando se inicia la lectura de «*Raza de Bronce*».

Es una novela que presenta aspectos de la lucha que se desarrolla entre indios y blancos en una comunidad del Altiplano—y que pudiera ser cualquiera—denominada Kohahuyo.

Esta hacienda tuvo su origen en los inauditos repartos de tierras que realizó Melgarejo para recompensar a sus satélites por la vileza efectiva con que colaboraron a su nefasto gobierno.

Hijo de uno de ellos es el actual propietario, Pablo Pantoja, quien no trepida en escrúpulos para explotar en forma inhumana a los desgraciados indios que viven en el poblacho. Para ello cuenta con la canallesca cooperación de un administrador inestimable, Troche.

Ambos se complementan admirablemente para convertir la vida de los «comuneros» en una existencia miserable, plena de pobreza, de temor, de sordidez.

Como débiles rayos solares, algunas sabrosas costumbres

de tintes arcaicos hienden las tinieblas de esta vida lúgubre y ponen bullangueros paréntesis a su devenir inexorable.

Las pintorescas supersticiones que palpitan en cada acto y en cada pensamiento del indio son sólo el producto de su inevitable fatalismo.

Pero, a veces, se rebelan.

Y el estallido de su rebelión es violento, incendiario, homicida. El rencor, incubado y aumentado durante largo tiempo, y a cada nuevo abuso, se desborda, cruento, de sus pechos y sólo tiende a matar, ansioso de venganza. No importa que vendrá después. El impulso fiero, loco, no se preocupa de consecuencias. Sólo exige que los victimarios de siempre ocupen, por un momento siquiera, el infame lugar de sus víctimas.

Así lo muestra la tragedia, vibrante y patética, con que finaliza la novela que comentamos, «Raza de bronce».

* * *

Si con afanes preceptistas se busca en «Raza de bronce» un protagonista, esta novela no lo presenta. Siempre, claro, que no se tome como tal al indio boliviano, expoliado desde la cuna, cazurro, sucio, mentiroso, ladrón y supersticioso. Porque ninguno de los personajes alcanza la calidad de protagonista y hasta constituyen la parte débil de la obra. Son desleídos y sólo adquieren consistencia y vigor en determinadas ocasiones. Parecen meros instrumentos de que se vale el autor para afianzar las ideas que expresa o para ratificar los hechos que narra.

Quizás hasta qué punto es esto común a los novelistas.

Mientras Arguedas no necesita a sus «monigotes»—así los llama en el prólogo— los abandona en cualquier parte, en cualquier rincón. De allá los sacará cuando considerare que es el momento oportuno.

Al promediar la novela, por ejemplo, Choquehuanka, de quien apenas teníamos noticias en la primera mitad del libro,

cobra una importancia desmesurada, sorpresiva, inconveniente. Nos encontramos, de improviso, con un viejo indio poseedor de todas las virtudes, en el que la ausencia de defectos asombra. Luego, Choquehuanka, cumplida su misión, desaparece de escena y se reintegra al magín de Arguedas, de donde saldrá, siempre a costas con sus virtudes, para realzar el intenso dramatismo de las páginas finales.

Agiali, por otra parte, indio joven y enamorado, es el primero en insinuarse como protagonista. Pero, de pronto, desaparece. Y retorna sólo a ratos. Indefnido, sin fuerza, como pretexto.

Más convencionales e inferiores son los otros personajes: el literatoide Suárez, portavoz, a veces, de Arguedas y al que sirve de instrumento para incorporar a la novela una hermosa leyenda incaica; Pantoja, el patrón, personificación de la maldad de los blancos; Troche, el administrador, ejemplo del mestizo advenedizo que no escatima crueldad con los de su raza; Wata-Wara, la novia de Agiali, víctima propicia para desencadenar el drama final; Manuno, una de las primeras víctimas; Tokorcunki, el hilacata, etc.

Lo dicho. Es el indio boliviano, en general, el único protagonista que podía señalarse en esta obra. Y es su lucha con el blanco la parte medular del argumento.

* * *

Es en este aspecto emotivo donde Arguedas logra aciertos admirables. Claro que el objetivo precisamente del autor boliviano ha sido mostrar *al mundo* la desmedrada situación del indígena de su patria, sus costumbres y supersticiones, sus combates con la naturaleza y, sobre todo, su lucha con el blanco.

Las tierras pertenecían a los indios. De ellas fueron desposeídos «cuando sobre el país, indefenso y acobardado, pesaba la ignorante brutalidad de Melgarejo».

El Congreso del «año triste de 1868» aprobó, servil, el decreto presidencial que distribuía las tierras «entre los mancebos y los paniaguados del mandón». Fueron los propios miembros de la fatal familia los que lo pusieron en ejecución. «El hermano de la manceba, casado con la hija legítima del Presidente Melgarejo, estrenó las insignias de su generalato yendo a balear montoneras de indios armados de palos y de hondas». En otras partes, se recurrió al incendio, el estupro, la violación, el asesinato. «Se cogía a los adolescentes de ambos sexos para fusilarlos en presencia de los padres, atrincados como fieras, con lazos y grillos, a pilares de barro o madera: los soldados infantiles se hartaron con forzadas caricias de doncellas, y llegaron a sentir asco por la pegajosa humedad de la sangre tibia; los de a caballo ataron a los principales indios a la cola de sus brutos, y con el trote duro de sus corceles, como otrora los guerrilleros de la independencia, pero innoblemente ahora, la grave calma de la estepa, tiñéndola de sangre, y todos se mostraron cínicamente crueles y heroicos...».

Vibra un indignado patriotismo en las elocuentes frases de Arguedas. La conmiseración que siente por el infeliz indio de su tierra y la rabia que le producen aquellos degenerados caudillos, comunican a su acento un patetismo impresionante.

El ultraje inacabable, la depredación constante, estampan en la indiada un sello de fatalismo de esclavo. «Nuestro destino es sufrir», dice uno de los personajes. Y todo parece indicar que tiene razón. Ni siquiera sus hermanos de raza que han logrado libertarse de su condición de parias, tienden al indio una mano protectora. Son, por el contrario, los más fieles instrumentos de los blancos. Los mestizos y los soldados no tienen reparos para ser crueles; ninguna cuerda sensible vibra en ellos cuando contribuyen a martirizar a los indios, «sus pares».

Los «representantes de Dios», los sacerdotes, dan también su aporte a la expoliación. Ignorantes curas rústicos, no carecen

de habilidad para aprovechar la situación y llevar una existencia digna de Pantagruel, sin irritar a Dios ni al Diablo.

La naturaleza no se muestra menos inclemente que los hombres. Las tormentas o las sequías son fenómenos que agudizan los sufrimientos del indio; traen el hambre, la mortandad, la expulsión de la comunidad o la fuga salvadora. Son parias que están a merced de todo y de todos. Su destino es sufrir...

Pero, ¿cómo soportan tanto? La respuesta la da nada menos que uno de los verdugos. Después que intentaron violar a Wata-Wara, produciéndole la muerte, dice Pantoja: —«Al verla tan fina, nadie hubiese sospechado que esa salvaje tuviese tanta fuerza. Yo la cogí por la cintura y quise echarla al suelo, pero no pude. *Es una raza de bronce...*».

* * *

En general, el material emotivo es riquísimo y Arguedas lo vierte en un continente formal de irregular valor. A veces el estilo es correcto y bien graduado, rítmico, y alcanza cierta aticidad muy agradable. La frase es cuidada y el vocabulario escogido.

Sin embargo, no dejan de ser frecuentes las construcciones forzadas, las frases de mal gusto o la prosa francamente desaliñada. Torpeza y falta de ingenio hay también cuando el autor recurre a la ironía.

A pesar de que los personajes son indígenas, no tenemos que sufrir mucho despliegue de vocablos regionales. Los diálogos, no obstante, son sencillos, reposados, y corresponden a la imagen que nos formamos del indio boliviano.

Pero, es en las descripciones donde Arguedas alcanza éxitos admirables. En cada página muestra, como en un álbum, verdaderas fotografías policrómicas del campo del Altiplano. Resulta asombrosa la plasticidad que logra el autor con el empleo

de imágenes sencillas. Hay arte exquisito en muchas de ellas. Exquisito y sobrio, pleno de elegancia y suavidad.

En más de algún párrafo recordamos a nuestro Mariano Latorre. Esto ocurre cuando comprobamos que Arguedas olfatea, ve y oye, en la rusticidad de la naturaleza, con los sentidos afinados en forma sorprendente. Es como un ansia inagotable de captar todo detalle, toda sensación silvestre, por sutil que sea.

«Una especie de bruma azulada difumina en el espacio el contorno de las cosas. El cielo tiene una claridad lechosa y se enciende con tonos violáceos a los rayos del sol, que aparece, enorme y rojizo, allá, en el lejano confín del horizonte, cual si surgiese del seno mismo de los montes...

«Dondequiera que se vuelvan los ojos se ven brillar gotitas de diamante esparcidas por el suelo, del que parece levantarse el hálito frío de la nieve cuajada en escarcha sobre cada brizna de hierba seca...

«Cada charco es un espejo; sobre cada manantial ha puesto el hielo su vidrio frágil; sobre cada piedrecilla luce una gota de rocío. La pampa entera es un enorme cristal sonoro, que vibra y se estremece...

«De las casitas escalonadas en la falda de la colina, se levanta, recta, una columna de humo azul, que raya el cielo...».

Los ejemplos podrían multiplicarse para demostrar su belleza.

Pero, también podría citarse más de algún trozo imperfecto. El autor, para darnos a conocer determinadas facetas de la vida indígena, les va colocando por ahí, en la forma más disimulada posible, esforzándose en aparentar naturalidad: «Y cayó el silencio total, únicamente interrumpido por el lento masticar de los jóvenes, que yantaban la merienda fría preparada por la pastora, compuesta de chuño y maíz cocido con algunos retazos de charqui y bolillos de *kispiña*».

Cuando menos lo esperábamos, conocemos la composición de un plato indio.

Arguedas pasa de una imagen a otra, y otra, y otra, sin darnos tiempo para descansar. Parece que hubiera acumulado muchísimas observaciones y quisiera distribuirlas generosamente.

«Se veía a los loros posarse en las ramas altas, dar pico con pico, colgarse hasta quedar con el pecho blanco al cielo, morder los verdes frutos, pasando de unos a otros con rabia de destrucción, y los cuales, ya dañados, se podrían y secaban, no quedaban sino las vainas huecas, que al chocar entre sí con el viento producían extraño y triste rumor».

Otro ejemplo.

«Llegó la hora de la merienda, y fué una fruición para los maltratados sunichos el poder estirar sus enmeladas piernas a la vera de un arroyo que corría murmurador besando las robustas raíces de una vieja ceiba, cuyas flores habían tapizado de rojo el jugoso césped».

Parece que lo que anotamos constituye una falla general del libro. Ya vimos algo similar cuando nos referimos a los personajes: marcado convencionalismo; grietas mal tapadas; ensamblajes mal hechos. Y no es la primera vez que una novela nos produce impresión semejante.

Al leer determinadas obras, creemos que seríamos capaces de reconstruir la libreta de apuntes, los datos de que se ha valido el autor para la composición de su libro. Es como si a nuestros prójimos los viéramos de repente a través de rayos X.

En el libro se distinguen claramente el contenido y la armazón que lo sostiene. Ciertos detalles están estampados aquí y allá, como al desgaire, pero es evidente que van a servir para explicar hechos posteriores.

Son, más o menos, con las obvias variantes, los mismos defectos en que incurrían los antiguos novelistas de tesis. La idea fija del autor sacrifica la naturalidad que debiera tener la narración.

André Maurois, novelista, es muy inferior si se le compara con el biógrafo. Porque para ambos géneros se vale de la misma

técnica. Sus novelas dan la apariencia de un sinnúmero de piezas de variados portes ordenadas con aparente lógica, pero no con la suficiente habilidad como para que no se noten las separaciones. Parecen silogismos cuyas conclusiones es necesario aceptar porque las premisas están correctas.

Y el orden lógico—o cualquiera rigidez de esta índole—resulta intolerable y hasta absurdo dentro del arte, campo en el que predomina la incauzable sensibilidad individual o, como preferirían otros, las confusas fuerzas subconscientes.

No creemos que haya mucho talento en reunir un montón de datos heterogéneos y darle luego una forma aceptable de novela. No hay espontaneidad y se resiente el epíritu creador. El proceso de la creación artística no pasa de ser un simple automatismo y la obra pierde mucho del calor necesario para darle vitalidad.

* * *

En resumen, una intensa emotividad e innegables aciertos formales, junto con una composición general algo mecanizada y algunas caídas en los despeñaderos de discutible buen gusto, constituyen lo fundamental, en lo positivo y en lo negativo, de esta novela americana.

Cabe entonces, ahora, elaborar un juicio crítico integral. Para ello podríamos tomar como base la propia estimación del autor, hecha en son de queja en el prólogo. Así, nos preguntaríamos si ha sido justificado o no el silencio de críticos alrededor de esta novela. La respuesta no requiere mucha meditación. «Raza de bronce», tiene sobrados méritos para figurar entre las pocas obras consideradas las mejores y las más representativas de la literatura de América del Sur. Tiene sus defectos, es cierto, pero no tan grandes como para no agregarla a esos cinco o seis títulos que andan por aquí y por allá cuando se habla de novela americana.

En suma, la obra del autor boliviano posee cualidades que la colocan en las líneas de avanzada de la novelística de esta parte del continente.

Más aún, como lo dice el autor, «por su ubicación en el tiempo y, por el tema». El problema indio ha sido siempre un aguijón doloroso en todos estos países cuya población tiene un elevado porcentaje indígena. Es como un lastre insostenible que impide todo avance de la cultura.

Si Arguedas ha sido uno de los primeros en presentarlo— y ya hemos visto con qué intenso dramatismo lo ha realizado— por este solo motivo debiera tener el lugar que reclama.

Sería interesante indagar hasta qué punto la novela de Arguedas ha contribuido a mejorar la situación del indio en su patria. El autor reconoce este adelanto en una nota colocada en 1945.

Pero, al margen de esto, está, como digno marco de la solidez emotiva, la fuerza que alcanza el estilo armonioso y la belleza de las descripciones, méritos todos que hacen de «Raza de bronce» una producción de innegable calidad.



ROCÍO EN EL TRÉBOL. Poesías, por *Oscar Castro*. Editorial Nascimento, Santiago

Hay poetas esencialmente poetas; y esa esencial calidad les viene de la pura afinación de sus condiciones humanas, de sus naturales sentimientos.

Tal este alto, fino y transparente poeta, que ha rezumado en cada verso y en cada frase de su variada producción literaria, su cotidiana condición de hombre; de hombre ante todo. De hombre, en la cabal acepción de la palabra; generoso, bueno, amante de propios y de extraños, cuyo corazón de brújula supo